

UNA CASA EN TRINDADE

CAPÍTULO 1

Conocí Trindade cuando llevaba casi dos meses trabajando en el Hospital de la Universidad de Sao Paulo. Llegué a Trindade por casualidad; más bien por una suma de casualidades. Un médico colombiano, compañero de trabajo en el hospital, celebraba una fiesta en su casa por su cumpleaños, a la que me invitó.

Esto debe ser tomado ya como fruto de la casualidad, pues yo no me distinguía por mi sociabilidad. Jugó a mi favor una confluencia extraña de bajas en los equipos médicos, más unos retrasos en los convenios con hospitales de países del entorno, para que me convirtiera, a mi llegada a Sao Paulo, en el único médico de habla hispana del Laboratorio de Investigación Médica, aparte del colombiano. Este colega vio mi nombre en la lista de nuevos colaboradores: Carlos... mis apellidos no importan, pero son claramente hispanos; para confirmar mi nacionalidad bastaba seguir leyendo bajo mi nombre: Universidad de Salamanca.

El colombiano se presentó ya en mi primer día. Me explicó que llevaba dos años trabajando allí como epidemiólogo y se tomó en serio el papel de guía, lo que me sirvió de gran ayuda para orientarme en el hospital más grande de Latinoamérica. Solo el laboratorio, el LIM, ocupaba – y ocupa - un edificio completo del hospital, además de dependencias externalizadas en otros lugares del inmenso conjunto de edificios.

Empujados a relacionarnos por la afinidad lingüística, con el trato nos hicimos, si no amigos, al menos buenos compañeros. Trabajábamos en proyectos diferentes; él en una investigación sobre malaria, mediante un convenio con el Hospital San Juan de Dios de Bogotá. Yo había llegado desde el Centro de Investigación de Enfermedades Tropicales de la Universidad de Salamanca, colaborando en una investigación sobre técnicas de biología molecular para el diagnóstico de enfermedades tropicales.

Lamento comenzar a contar estos momentos claves de mi vida ocultando nombres. Pero tampoco diré el del colombiano; hoy posee una cierta reputación internacional y no querrá airear ciertas facetas de la suya. Lo relevante para mi historia es que me invitó a su cumpleaños, y que esa fue la primera de las casualidades – o causalidades – que me llevaron hasta las playas de Trindade.

Inicié el periplo hasta el piso del colombiano en metro, pero al llegar a una parada relativamente cercana tomé un taxi, para no

perderme en un barrio desconocido. Era sábado y estaba citado a mediodía. Llegué de los primeros y mi colega salió a recibirme a la puerta del ascensor. Tras regalarle un libro de gran formato sobre Andalucía - comprado en una librería de Sao Paulo, edición en castellano; no encontré nada sobre Salamanca, ni sobre mi ciudad natal en el norte de España - y entregarle unas cervezas y refrescos, pasamos al salón y de ahí a la amplia terraza. Me presentó a su mujer y a su hijo de seis años, al que habían vestido con pantalón y chaqueta para la ocasión; me recordó a un enano de la corte de algún antiguo rey. El niño no mostró interés en mí, lo que agradecí. La mujer era abogada, según me comentó ella misma mientras llevábamos platos y cubiertos a una mesa de la terraza, cerca de la parrilla en la que su marido comenzaba a asar pedazos de carne; el humo hacía un remolino caprichoso antes de elevarse y sobrevolar la ciudad. La colombiana me contó que había dejado el trabajo para venir a Sao Paulo pero, tras dos años allí, deseaba volver a su bufete en Cali. Enseguida se agotó la conversación y ella encontró un ayudante más hablador que yo, entre los invitados que iban llegando.

Deambulé por la terraza, con un refresco de guaraná en la mano. El apartamento estaba situado en un decimonoveno piso; era mucho más amplio que el mío y dominaba el noreste de la ciudad. Decenas de rascacielos se alzaban sobre las copas de los árboles; aviones despegaban y aterrizaban en un hueco entre los edificios; era el aeropuerto de Congonhas, devorado e invisible en medio de la gran urbe. No conocía ese aeropuerto, yo había llegado al internacional, pero me habían hablado de la espectacularidad del aterrizaje allí, entre rascacielos. Tomé el refresco apoyado en la barandilla, observando la ciudad y, de reojo, la llegada del resto de invitados.

Éramos más de veinte personas, aparentemente todas relacionadas con el trabajo de él. Algunos me conocían ya del LIM y me saludaron. Entre ellos, una auxiliar de laboratorio, joven y atractiva, que colaboraba en mis investigaciones y que, de forma no oficial, se había convertido en mi ayudante. Sabía que era amiga del colombiano, así que no me extrañó su presencia; me resultó más chocante que me presentara a su pareja y que ésta fuera otra mujer. De ellas sí diré nombres: mi joven y extraoficial ayudante era Claudina. Su amiga era Joelma.

Joelma frisaba los cincuenta años. No creo en el aura ni nada parecido, pero toda ella emanaba determinación, tras la melena rubia rizada y su sonrisa perfecta. Era ancha de hombros y los años se le